



HAL
open science

Una soldadera de la Revolución Mexicana: periodismo y literatura en "Hasta no verte Jesús mío", de Elena Poniatowska (Axe VI, Symposium 25)

Silvia Lidia González

► **To cite this version:**

Silvia Lidia González. Una soldadera de la Revolución Mexicana: periodismo y literatura en "Hasta no verte Jesús mío", de Elena Poniatowska (Axe VI, Symposium 25). Independencias - Dependencias - Interdependencias, VI Congreso CEISAL 2010, Jun 2010, Toulouse, Francia. halshs-00499423

HAL Id: halshs-00499423

<https://shs.hal.science/halshs-00499423>

Submitted on 9 Jul 2010

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Una soldadera de la Revolución Mexicana: periodismo y literatura en *Hasta no verte Jesús mío*, de Elena Poniatowska

Silvia Lidia González

Universidad de Estudios Internacionales de Kanda, Japón
silvianacional@yahoo.com

.....

RESUMEN

Las crónicas periodísticas y entrevistas a personajes que participaron directamente en la Revolución Mexicana, han dado origen a la creación de obras literarias, como *Hasta no verte Jesús mío*, novela en la que Elena Poniatowska revive las experiencias de una soldadera de la Revolución Mexicana, en la voz de Jesusa Palancares.

Con este personaje, inspirado en la vida de Josefina Bórquez. Poniatowska recuperó una voz alternativa, que se distanciaba del oficialismo, y se acercaba a sus propios objetivos en la escritura: denuncia y reivindicación. Aquella voz que brotaba del anonimato en la multitud urbana, guardaba un cúmulo de memoria, valor, sensibilidad, espíritu de supervivencia y saberes populares que reflejaban otro México, y podían hacer un balance alternativo sobre el legado de la Revolución.

Una prolongada entrevista, se fue transformando en una rica y colorida crónica, un estudio antropológico, un registro histórico y, con los elementos de ficción que la autora introdujo, sin duda una de las novelas más importantes de México, desde su aparición.

PALABRAS CLAVE

Revolución Mexicana, Elena Poniatowska, periodismo, literatura, testimonio, marginalidad, soldaderas.

.....

PERIODISMO Y LITERATURA: EN BUSCA DE “OTRA” VOZ REVOLUCIONARIA

A medio siglo del estallido de la Revolución Mexicana (1910), entre múltiples valoraciones sobre el significado del movimiento social de mayor trascendencia en la historia nacional, irrumpió una voz desautorizada, pero de gran influencia, desde el mundo literario, hasta la escena real de los agitados años 60.

Frente a la posición oficial, empeñada en la representación de un México moderno y cohesionado, fruto de los principios revolucionarios, surgían muestras de ruptura e inconformidad al calor social: guerrillas, huelgas y protestas estudiantiles¹.

Entre tantas voces de confrontación, Elena Poniatowska se inclinó siempre por indagar en las de aquellos que vivían al margen de la institucionalidad. Su trayectoria periodística, iniciada en 1954, le había permitido acercarse a las esferas oficiales, así como a los altos círculos intelectuales y artísticos. Sin embargo, siempre buscó la “otra” visión. Y la encontró. Jesusa Palancares, la protagonista de su novela *Hasta no verte Jesús mío*², es producto de ese encuentro.

Poniatowska recuperó una voz alternativa, que se distanciaba del oficialismo, y se acercaba a sus propios objetivos en la escritura: denuncia y reivindicación. Aquella voz que brotaba del anonimato en la multitud urbana, guardaba un cúmulo de memoria, valor, sensibilidad, espíritu de supervivencia y saberes populares que reflejaban otro México, y podían hacer un balance alternativo sobre el legado de la Revolución.

Hasta no verte Jesús mío es una historia basada en la vida y el sacrificio real de una mujer oaxaqueña que luchó en la Revolución Mexicana y que después se ganó la vida en múltiples oficios en la Ciudad de México, siempre en situaciones de pobreza y desencanto. Una prolongada entrevista, se fue transformando, de la mano de Elena, en una rica y colorida crónica, un estudio antropológico, un registro histórico y, con los elementos de ficción que la autora introdujo, sin duda una de las novelas más importantes de México, desde su aparición³.

Hasta no verte Jesús mío está basada en mis conversaciones con la Jesusa, que empecé grabándolas, pero luego, como a ella le estorbaba la grabadora, dejé de usarla, y lo que yo hacía entonces era reconstruir y escribir por la noche lo que ella me contaba [...] Yo en general no hago ficción [...] Sí, son ficción, pero en general es ficción basada en la realidad. No es literatura fantástica”⁴.

¹ Como ejemplo, el año 1968 es emblemático. Al mismo tiempo que México se preparaba para ser sede de los Juegos Olímpicos, las repetidas marchas estudiantiles, culminarían trágicamente con una jornada de represión y muerte en Tlatelolco.

² Elena Poniatowska, *Hasta no verte Jesús mío*, México, Biblioteca Era, 1969. En adelante, cito por esta edición e indico en el texto la página correspondiente.

³ Hasta el año 2009, la edición de la biblioteca Era llevaba 43 reimpressiones.

⁴ Teresa Méndez-Faith, “Entrevista con Elena Poniatowski”, *Inti: Revista de Literatura Hispánica*, n° 15, The Berkeley Electronic Press, Primavera, 1982, Article 7.

En un meta-testimonio, la autora ha detallado el encuentro, y podemos apreciar cómo se fueron tejiendo los géneros periodísticos de la entrevista y la crónica, con las escenas insólitas, los juegos de la memoria y el asombro, que desembocaron en un trabajo literario.

Originalmente se trató de un accidentado encuentro, para una entrevista. En 1964, en un barrio popular de la ciudad de México conoció a una lavandera, cuya fuerza expresiva le llamó la atención. El primer diálogo real marcaría el carácter y el tono predominante en el personaje literario: “– ¿Qué se trae? ¿Qué trae conmigo?. – Quiero platicar con usted. – ¿Conmigo? Mire yo trabajo. Si no trabajo, no como. No tengo campo de andar platicando⁵”.

En esa dinámica, durante dos años, cada miércoles de 4 a 6 de la tarde, la escritora volvía a escurrirse entre aquella estrecha vecindad con tufo a petróleo, baños sucios, perros bravos, ratas, muros llenos de salitre y chiquillos sin calzones, para cumplir su objetivo: escuchar y observar a Jesusa; intuir el significado de sus silencios; hacer el trabajo periodístico propio y tratar de involucrarse en el ajeno; descifrar las expresiones de uso y origen insospechado (acaso de las etnias indígenas del sur, de la jerga militar o del habla coloquial del barrio); sorprenderse con los saberes populares; aprender los oficios de la pobreza cotidiana y, finalmente, tratar de regresar al polo opuesto a escribir desde su mundo de confort, la entrevista y la crónica, las palabras que pudieran capturar la esencia de la memoria.

Entré en contacto con la pobreza, la de a de veras, la del agua que se recoge en cubetas y se lleva cuidando de no tirarla, la de la lavada sobre la tablita de lámina porque no hay lavadero, la de la luz que se roba por medio de los diablitos, la de las gallinas que ponen huevos sin cascara ‘nomás la pura tecata’ porque la falta de sol no permite que se calcifiquen. Jesusa pertenece a los millones de hombres y de mujeres que no viven, sobreviven⁶.

Los años 60 estuvieron marcados por estallidos sociales en muchos lugares del mundo. México, igual que otros países de América Latina, vivía una época de rupturas. En ese contexto se originaría también una novelística que privilegiaba el referente, un nuevo verismo. Del realismo racionalista, los narradores pasarían a buscar una especie de novelas mítico-poéticas o mítico-realistas⁷.

⁵ Elena Poniatowska, “Hasta no verte Jesús mío”, *Vuelta*, n° 24, noviembre, 1978, p.5.

⁶ Poniatowska, “Hasta no verte...”, art. cit., p. 7.

⁷ Norma Klahn, “Un nuevo verismo: apuntes sobre la última novela mexicana”, *Revista Iberoamericana*, Pittsburgh, LV, n° 148-149, pp. 925-935.

Es difícil clasificar las obras de Elena Poniatowska. Su tránsito del periodismo a la literatura, que algunos consideran la inauguración del “nuevo periodismo” en México, es apenas un aspecto de los tantos estudiados por la crítica. Entre minuciosos análisis sobre la técnica expresiva, la enunciación, la veracidad, la profundidad, el contexto social, la documentación, la textualidad y otros aspectos relacionados con los personajes y las historias de esta autora, se sugieren las más variadas clasificaciones⁸.

Entre ficción y no ficción, además de prólogos y textos sueltos, algunas de sus obras se han considerado: entrevista, crónica, relato, reportaje colectivo, semblanza, biografía, autobiografía ficticia, autobiografía dictada, testimonio-ficción, relato testimonial, novela, novela confesional, novela histórica, novela político-satírica... Incluso el crítico mexicano Emanuel Carballo se refirió a la obra que aquí analizamos, como una novela antropológica⁹.

En efecto, la autora pondera también su experiencia en el campo antropológico, junto a Oscar Lewis, autor de el reconocido trabajo *Los hijos de Sánchez*¹⁰.

Esta experiencia sin duda ha de haberme marcado al escribir *Hasta no verte Jesús mío*. Sin embargo, como no soy antropóloga, la mía puede considerarse una novela testimonial y no un documento antropológico y sociológico. Utilicé las anécdotas, las ideas y muchos de los modismos de Jesusa Palancares pero no podría afirmar que el relato es una transcripción directa de su vida porque ella misma lo rechazaría. Maté a los personajes que me sobran, eliminé cuanto sesión espiritualista pude, elaboré donde me pareció necesario, podé, cosí, remendé, inventé. Al terminar tuve un poco la sensación de haberme quedado en la superficie; no hice visible lo esencial, la naturaleza profunda de la Jesusa, pero ahora con los años pienso que si no lo hice fue porque hollaba lo más vital sin tener una verdadera conciencia de ello; me limité a adivinar a la Jesusa. Acumulé aventuras, siempre me le adelanté, no supe hacer ver aquellos momentos en que nos quedábamos las dos solas silenciosas, casi sin pensar, en espera del milagro. Siempre tuvimos un poco de fiebre, siempre anhelamos la alucinación¹¹.

LOS DE ABAJO: MARGINALIDAD Y NEGACIÓN

⁸ Se pueden ver algunas clasificaciones en: Tanius Karam, “Periodismo, polifonía e intertextualidad en la obra periodística de Elena Poniatowska”, en Zambrano, Gregory (comp.), *Mujer: Escritura, imaginario y sociedad en América Latina*, Mérida (Venezuela), Universidad de Los Andes, 2004, p.176.

⁹ Marta Herrero Gil e Isabel Díez Ménguez, “Bio-Bibliografía de y sobre Elena Poniatowska Amor”, en *América sin nombre*, nº 11-12, diciembre de 2008, p. 167.

¹⁰ Poniatowska trabajó específicamente en la edición de *Pedro Martínez, la vida de un campesino de Tepoztlán*, producto de una labor de equipo, que hacía una especie de levantamiento topográfico de la pobreza.

¹¹ Poniatowska, “Hasta no verte...”, art. cit., p. 10.

¿Quién era Jesusa Palancares?

La verdadera identidad del personaje corresponde a Josefina Bórquez (1900-1987). Como explicaba la autora, probablemente esta narración no llega a constituir una biografía. Tampoco es una voz oficial para evaluar la Revolución Mexicana, pero su memoria y gran valor, su experiencia vivencial validan el testimonio¹².

Jose -como la llamaba la autora- o Jesusa Palancares, nació en 1900 en un pequeño pueblo de Oaxaca, en el sureste de México. “De chiquita, en Oaxaca, hicieron leña de mí”¹³, contó de manera contundente a la escritora. Su infancia entre grandes pérdidas (como la de su madre, que murió “de miedo”), cárceles, travesuras, ebriedades, desencuentros familiares, falsos amores y trabajos extenuantes, la llevaría involuntariamente a convertirse en una mujer revolucionaria.

El día en que Francisco I. Madero entró a la ciudad de México, la tierra tembló. Mientras el iniciador del levantamiento que llevaría a derrocar al gobierno de Porfirio Díaz, cimbraba con su presencia la capital mexicana, en un pequeño pueblo del sur, una niña de 11 años, compartiendo casualmente una celda con una mujer homicida, también sintió la vibración bajo sus pies.

Esos pies la llevarían andando por largas jornadas con los batallones del General Jesús Carranza, que apoyaban el movimiento revolucionario constitucionalista, primero de la mano de su padre, y poco tiempo después —como muchas mujeres— siguiendo a los esposos en “la bola”, por diferentes puntos del territorio nacional: “No tenía ninguna filiación y andaba en la bola siguiendo a mi marido más de a güevo que de ganas. No tenía más rango que el de ser galleta¹⁴ de capitán” (p. 132).

Hasta ese momento Jesusa había sido una de tantas personas marginadas socialmente, pero fundamentales en la lucha armada. Realizó arduos trabajos de valor para las tropas revolucionarias. Testigo y protagonista, había visto el proceso desde de los ángulos más difíciles: la minoría de edad, la explotación laboral, el abuso, el machismo, el destierro, la desintegración familiar, la viudez, el robo, y el desafío de despertar a la vida adulta en la soledad, entre la gran urbe de la capital mexicana.

¹² De acuerdo con la investigadora Cynthia Steele, quien tuvo acceso a los materiales recopilados originalmente por Poniatowska, el texto de la novela “se mantuvo extremadamente fiel tanto a la historia de su informante como a su lenguaje”. Ver Cynthia Steele, “Testimonio y autor/idad en *Hasta no verte Jesús mío* de Elena Poniatowska”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, n° 36, 1992, p. 157.

¹³ Elena Poniatowska, “Vida y muerte de Jesusa”, en *Luz y luna, las lunitas*, México, Era, 1994, p. 45.

¹⁴ Galleta era una de las diversas formas de llamar a las mujeres que seguían a sus hombres, durante la Revolución.

Su accidentada supervivencia callejera a mitad del siglo XX, sus innumerables oficios y su permanente sentido de crítica y rebeldía, nos presentan a un personaje que, lejos de la reivindicación de sus derechos, apenas pudo obtener de la Revolución Mexicana, un cúmulo de memorias, que sólo podían contarse desde la marginalidad

Marginalidad y negación

Jesusa Palancares vivió entre la marginalidad y la negación. Aparentemente todas sus condiciones eran la representación de un personaje marginal: era mujer, pobre, analfabeta, indígena, sola y —a pesar de su propio sentir— mexicana. Oscilaba siempre entre estas características y su rechazo a las mismas.

No obstante estas condiciones o, posiblemente por su rebeldía ante las mismas, tuvo una fuerza especial para sobrevivir y, al final, cierta forma de poder.

A) La condición femenina

Jesusa rechazaba reiteradamente su condición femenina. La muerte de su madre en la infancia, no le permitió jugar a construir ilusiones de maternidad. En vez de una muñeca, la precaria vida familiar apenas le regalaría como juguete una ardilla disecada, fabricada por las manos de su padre. Eran esas mismas manos masculinas de Felipe Palancares las únicas que alguna vez fueron capaces de peinar su abundante cabellera...nunca las de una madrastra, ni las de la hermana mayor.

Las tempranas propuestas de matrimonio le parecían ajenas, poco atractivas. Le disgustaban los piropos de los soldados que, atentos a sus pobladas trenzas, la llamaban “la reina Sóchil”¹⁵. Fue esposa del general Pedro Aguilar, por arreglos ajenos a su voluntad. En su relación marital íntima —tímidamente expuesta, según la misma Poniatowska—, no había faldas de por medio: “Yo nunca me quité los pantalones nomás me los bajaba cuando él me ocupaba [...] tenía que traer los pantalones puestos a la hora que tocaran: ‘¡Reunión, Alevante!’” (p. 86).

En plena Revolución, Jesusa disfrutó más ser protagonista activa, que acompañante. Como muchas mujeres, asumió algunos roles tradicionales y otros de combate estratégico:

A nosotras las mujeres nos mandaban de avanzada. Llevábamos enaguas largas y todas, menos yo, sombrero de petate. Yo nomás mi rebozo. No me calaba el calor. Si por casualidad nos encontrábamos con el enemigo y nos preguntaba que qué cantidad de

¹⁵ Su forma expresiva para referirse al nombre indígena Xóchitl (flor).

gente vendría de los carrancistas y si traían armamento suficiente, nosotros decíamos que no, que eran poquitos y con poquito parque; si eran dos mil o tres mil hombres, decíamos que eran mil nomás. Decíamos todo al revés, y ellos no se daban cuenta (p. 66).

Algunas investigaciones han documentado este papel de espionaje, sumado a muchas otras tareas de las mujeres: cocineras, compañeras, empleadas, secretarias y contrabandistas de municiones¹⁶. Más que la satisfacción por la preparación de un manjar o las labores domésticas, que le resultaban aburridas, sus grandes orgullos fueron aprender a domar yeguas salvajes, a manejar armas de fuego y a someter el machismo de su propio esposo.

La negativa a concederle su pensión como viuda de un revolucionario, por parte del mismo presidente Venustiano Carranza, contribuyó a desvincularla de esa posición de mujer dependiente.

Circunstancialmente en un par de ocasiones, Jesusa llegó a asumir el rol de madre adoptiva, padeciendo después por el abandono de sus vástagos.

Creía más en cierta fidelidad de hombre a hombre. En su prolongado testimonio, aparentemente fincado en valores ortodoxos y campiranos, cabía cierta aceptación de las relaciones homosexuales, como la de su vecino Manuel el Robachicos, que “no era afeminado, sino que se echó a perder” (p. 186).

En sus momentos de indignación, emitía frases desde la masculinidad: “A mí esos revolucionarios me caen como patada en los... bueno como si tuviera güevos” (p. 137). Y tal parece que siempre deseó tener esa condición:

Yo me visto a veces de hombre y me encanta...de gustarme, me gusta más ser hombre que mujer [...] Para todas las mujeres sería mejor ser hombre, seguro, porque es más divertido, es uno más libre, y nadie se burla de uno [...] ¡Bendita la mujer que quiere ser hombre! (p. 186).

B) Pobreza

Jesusa nació en una familia de origen humilde, en un pueblo de la sierra sur de Oaxaca. Con la descripción de la vida infantil, la protagonista es capaz de dibujarnos el contexto de la pobreza: petates, juegos y travesuras con animales, sepulcros de extrema modestia, múltiples y

¹⁶ Frederick C. Turner, “Los efectos de la participación femenina en la Revolución de 1910”, en *Historia Mexicana*, vol. XVI, nº 4, abril-junio, 1967, p. 603.

exhaustivos trabajos de campo sin sueldo, largas jornadas de hambre, un padre sin tierra ni empleo seguro...

Contra esos orígenes de notables carencias, Jesusa tuvo oportunidades que, de alguna manera, la podrían haber sacado del rasero de los millones pobres de mexicanos de la época revolucionaria: nieta de un francés dueño de grandes tierras; casada con un respetado capitán, con asistentes a sus órdenes; tras la muerte de su esposo despertó el interés de un militar en suelo norteamericano y, posteriormente, consiguió que un alto mando revolucionario le pagara algunas prestaciones para regresar a su tierra originaria.

En el camino a Oaxaca, sin embargo, la robaron y quedó varada en la Ciudad de México, sin una sola pertenencia. Jesusa, que había logrado salir tantas veces de la pobreza extrema, volvía nuevamente al inicio. En la capital mexicana, volvieron las jornadas de sueño en el piso, los días y semanas sin alimento, los salarios miserables...y nuevamente un rechazo o un instinto de supervivencia natural la llevaron a salir a flote: llegó a ser administradora de varios negocios, con éxito y buen sueldo.

Jesusa fluctuaba entonces entre el rechazo a una pobreza extrema y la demostrada capacidad para salir de ella, y —por otra parte— un ambiente de miseria moral y anímica que la envolvían y la llevaron a consumir parte de su vida en el alcoholismo.

Esas oscilaciones venían con ella desde su origen. Muchos años después de que un asaltante la alejó de la posibilidad de regresar a Oaxaca, Jesusa tuvo muchas oportunidades y medios para volver a su pueblo. Finalmente, en el contexto de la guerra cristera, por su adrenalina natural, su gusto por las armas y algún dejo de nostalgia, llegó a su estado. Un tendero identificó su acento y le pareció extraño que ella no hablara “como la gente de allá arriba”, refiriéndose a los capitalinos: “No, pues la mera verdad, según como habla, no parece de allá arriba, parece más bien de acá más abajo [...] ¿qué le cuesta decirnos que es usted oaxaqueña?” (p. 217).

Al verse descubierta, la guiaron al reencuentro con un tío de reconocida posición social, que deseaba conocerla. Cuando estuvo frente a él, en vez de un saludo, Jesusa recibió un tajante saldo de cuentas: “¡...Todo lo que le pertenecía a tu padre se perdió! ¡Todo se lo llevaron los del gobierno cuando vino la Revolución!”(p. 219). La memoria la llevó a sus orígenes: su abuelo había sido un francés que se casó con una india y fue dueño de grandes extensiones de tierra, potencial herencia para María (la esposa de Felipe y madre de Jesusa), quien se había encargado

de cuidar a su suegro en la vejez. Ante el temor del despojo, los hermanos Palancares amenazaron a Felipe y se adjudicaron los bienes.

A final de cuentas, Jesusa vivió entre la pobreza natural y la que le impusieron, y de alguna forma se negó a la resignación, con su capacidad de trabajo y resistencia. Sin embargo, la verdadera salida para esta condición, su definitivo rechazo a la miseria, lo encontraría en la Obra Espiritual, un movimiento religioso donde descubrió que tenía tres protectores importantes... más que los del mismo presidente Francisco I. Madero, que también —se ha demostrado— creía en los espíritus. Y además, encontró que su espíritu original era el de una reina: “Estaba con un vestido de reina, grande y con mangas anchas, lleno de guarnición. Pierrot y Colombina eran mis sirvientes [...]” (p. 9).

C) Analfabetismo

Jesusa no sabía leer ni escribir. Nació en un contexto de lengua zapoteca, y aprendió “castilla”, pero nunca recibió educación formal. Cuando era niña, su madrastra quería mandarla a una escuela, pero Jesusa enfrentó incomprensibles trabas:

Mi madrastra quería mandarme a la escuela de gobierno pero mi papá era muy ... pues muy tonto, para qué es más que la verdad, muy ignorante porque nunca supo leer. Pero si mi padre hubiera sido una gente de razón, hubiera dicho: “Pues que sepa cómo se llama, que se enseñe a leer y aprenda donde sea, con tal de que conozca las letras...” (p. 52).

El problema de la educación y los principios laicos en un pueblo predominantemente católico, era complicado para su entender:

“[...] mi papá dijo que a la escuela de gobierno no iba aunque enseñaran mejor que las monjas, porque él no era protestante. ¿Qué tenía que ver el protestantismo con que me enseñaran a leer? [...] Hasta la fecha no sé lo que serán esos arguendes que nomás atarantan, pero por culpa del maldito protestantismo no me mandaron a la escuela sino con las monjas que no me enseñaron nunca a escribir ni a leer. Nomás a rezar” (p. 52).

Elena Poniatowska narra en sus reflexiones tras la muerte de Jesusa, que hasta sus últimos días la protagonista intentó rechazar esta condición:

Una tarde la encontré sentadita muy pegada al radio, un cuaderno sobre sus piernas, un lápiz entre sus dedos. Escribía la u al revés y la ene con tres patitas; lo hacía con una infinita torpeza; estaba tomando una clase radiofónica de escritura. Le pregunté tontamente: “Y ¿para qué quiere aprender eso ahora?” Y me respondió: “Porque quiero morirme sabiendo leer y escribir”¹⁷.

¹⁷ Poniatowska, “Hasta no verte...”, art. cit., p. 9.

A pesar de su situación, Jesusa encontró vías alternativas para acercarse a las letras, las disciplinas científicas, las doctrinas religiosas, la actualidad informativa y las manifestaciones de la cultura.

Guardaba en su memoria episodios completos de *Nostradamus*, *Catalina de Medicis*, *Las mil y una noches*, *El gran Prevoste*, *Luisa de Motmorense* y *La hija del Cardenal*, que le leía su esposo Pedro Aguilar entre las batallas revolucionarias, mientras mitigaban el frío de las montañas del norte de México, al calor de una hoguera. Más tarde, otros allegados a su vida repetirían sus jornadas de lectura.

Jesusa aseguraba que, por sus variados trabajos con patrones extranjeros entendía idiomas: “Hasta la fecha, entiendo el zapoteca, el japonés, el catalán, el francés, el inglés, porque trabajé con gringos. Como quien dice, trabajé con puros extranjeros [...]” (p. 60).

Recordaba con simpatía las películas de Lon Chaney (no le gustaban las producciones mexicanas). Según Poniatowska, Jesusa vivía siempre pendiente de la radio, medio por el que se mantenía informada de los asuntos de actualidad. Entre sus diversos oficios, destacó por ser una buena administradora de negocios. Se trataba de una mujer “mil usos”, como se denomina en México a quienes ejercen múltiples oficios para sobrevivir. Aprendió infinitas lecciones, pero seguía siendo, en las estadísticas, una mujer analfabeta.

D) La condición indígena

Jesusa nació en Miahuatlán, un pequeño pueblo del sur del estado de Oaxaca. En la actualidad, se conservan unos 16 grupos indígenas en esta entidad. Particularmente en este poblado de la sierra sur, cercano al Istmo de Tehuantepec, habitan principalmente comunidades zapotecas. En su esplendor indígena le llamaron en zapoteco: Yezhe Doo (“gran pueblo”). También fue conocido como Pelopenitza (“donde principia nuestro ojo de agua”, o “pueblo junto al agua”). Tras ser conquistado por el pueblo azteca, el lugar recibió el nombre náhuatl de Miahuatlán, que significa “campo de espigas o flores de maíz”¹⁸.

La protagonista de esta historia llegó a contar entre sus orígenes que tenía algo de sangre europea.

¹⁸ Desde 1948, la población lleva como nombre oficial: “Miahuatlán de Porfirio Díaz”, en honor al dictador mexicano que precisamente generó el descontento popular por el que estalló la Revolución Mexicana.

[...] mi abuela era india y mi abuelo francés. Me afiguro que un Palancares que se quedó en Oaxaca cuando vino de soldado con los franceses y de tarugo se volvía a su tierra si aquí encontró de que en mantenerse. Ha de haber desertado, me hago la imaginación, y creo que era algún peón de allá en Francia, y pensó: “¡Aquí hay de donde hacerme de buenas tierras!” (pp. 220-221).

Jesusa oscilaba entre la observación externa y la pertenencia a su sangre, incluso al referirse a su propia familia. Decía que sus hermanos Petra y Efrén eran “más inditos”, mientras ella y su hermano Emiliano tenían rasgos menos característicos de la población indígena y piel más clara: “Petra era trigueña, más prieta que yo. Yo tengo la cara quemada del sol pero no soy prieta, pero ella sí era oscura de cuerpo y cara. Salió más indita que yo. Dos sacamos el color de mi papá y los otros dos fueron prietitos”. (p.31).

En diversas ocasiones se excluía de la enunciación en primera persona, cuando se refería a la población indígena: “[ella...] era tan ignorante como mi papá, indita de idioma, indita de idioma zapoteca” (p. 52).

Entre sus múltiples oficios, Jesusa pasó en varias ocasiones por boticas o centros de preparación de remedios tradicionales, por farmacias más modernas y hospitales. Aunque en ocasiones se sentía ajena a los grupos de sus orígenes, justamente de ellos aprendió algunas tradiciones culturales, secretos gastronómicos, remedios y prácticas que la acompañarían hasta su muerte. Jesusa, la urbana, la que se quedó hasta sus últimos días cruzando la vasta ciudad de México, conservó siempre, su rebozo y —aún en su cabellera canosa y rala— sus ineludibles trenzas, tejidas a la usanza indígena tradicional, como un amarre inevitable a su raíz.

E) Soledad

La vida de Jesusa estuvo marcada por ausencias y soledades. Desde pequeña, vio morir a su madre y en el día del entierro se lanzó a la fosa sin que nadie se percatara, con la intención de acompañarla. No logró su cometido, sino apenas quedarse con tierra del camposanto en los ojos, lo que haría su visión en la vida especialmente sensible. Cuando aún eran jóvenes, murieron sus hermanos mayores, Petra y Efrén. Murió su pequeña sobrina Felipita. Ya encaminada en la Revolución, se enteró de la trágica muerte de un soldado, que resultó ser su querido hermano Emiliano. Posteriormente, se enteraría de que los zapatistas mataron a Felipe Palancares, su memorable padre, su vini.

Jesusa se quedó apenas con su esposo, el capitán Pedro Aguilar, quien le aseguraba que no la dejaría sola, que si veía el final, primero la liquidaría a ella. Posteriormente, en uno de tantos

combates revolucionarios en el norte de México, mataron a su compañero. Jesusa quedó viuda, sola, buscando el camino de regreso a su tierra natal.

En la vía, luego de sufrir un robo, tuvo que quedarse a vivir en la Ciudad de México, donde tampoco tenía a nadie. Su soledad, esa misma que paseó por saturadas calles y avenidas de la ciudad de México, se fue atenuando con algunos afectos. Hubo manos que la levantaron y la alimentaron, almas caritativas, personas confiadas, que le ayudaron a encontrar nuevos caminos...nunca fáciles pero por lo menos abiertos a la exploración.

Jesusa era una mujer solitaria. O al menos llevaba una máscara para resguardarse del mundo, de lo bueno y de lo malo. Era violenta contra los que la agredían, y había cierta rudeza aún para los que intentaban tocarle el corazón.

Parecía sola, dispuesta a aislarse del mundo, sin embargo su historia está llena de personajes desfilando a su alrededor, aparentemente lejanos, pero presentes siempre en sus evocaciones. No tuvo hijos, pero fue madre adoptiva, sin proponérselo. Al final, los hijos también la abandonarían para que ella volviera a resignarse en su pretendida naturaleza solitaria. Por su vida desfilaron muchos buenos amigos. Le sobraban parejas en los salones de baile, así como vecinos solidarios. Amansaba yeguas y salvaba coyotas, que terminaban siendo su compañía en las sierras al paso de las tropas revolucionarias. Posteriormente, llegó a criar mascotas y cuidar animales como cerdos y gallinas, en pleno espacio urbano. Jesusa vivió una intensa historia de amor-odio con su soledad, de rebeldía contra esa condición, y de recelo cuando alguien intentaba interferir en ella.

Revela Poniatowska al narrar su partida:

[...] Murió igual a sí misma: inconforme, rejega, brava. Corrió al cura; corrió al médico; cuando pretendí tomarle la mano dijo: “¿qué es esa necedad de andarlo manoseando a uno?” nunca le pidió nada a nadie; nunca tuvo piedad para sí misma. Toda su vida fue de exigencia...¹⁹.

La voz de una mujer aparentemente solitaria, terminaría proyectando sus ecos a nivel mundial, a través del personaje literario que inspiró. Su presencia aislada en el mundo, acabó imponiéndose en otros mundos, acaso el espiritual, en el que ella tanto creía, y el de aquellos que la descubrieron y la acompañan en la literatura.

¹⁹ Poniatowska, “Vida y muerte de Jesusa”, op.cit., p. 45.

En su voz oía yo la voz de la nana que me enseñó español, la de todas las criadas que pasaron por mi casa como chiflonazos; sus expresiones, su modo de ver la vida, si es que la veían porque sólo vivían al día y no tenían razón alguna para hacerse ilusiones. Estas y otras voces de mujeres hacían coro a la voz principal: la de Jesusa Palancares [...] A la Jesusa me parece verla en el cielo, en la tierra y en todos los lugares de México, así, tal como una vez estuvo Dios, Él, el masculino²⁰.

La soledad de Jesusa, como un fantasma, presente siempre en el interior, pero inexistente en apariencia, se asocia, en cierta medida, al mexicano cuyo rostro fue descubierto a partir de la Revolución Mexicana por los grandes pensadores de nuestra identidad.

Según Samuel Ramos, a partir de la teoría del resentimiento: “el mexicano es un ser que, cuando se expresa, se oculta: sus palabras y gestos son casi siempre máscaras”. La protagonista tenía además los rasgos descritos por Octavio Paz al referirse también a las máscaras de la mexicanidad. Jesusa vivía su propio laberinto de soledad²¹. Probablemente este rasgo sería el que más la afiliaría a otra de sus condiciones negadas: su mexicanidad.

F) Mexicanidad

Indígena zapoteca; trabajadora incansable; cocinera vernácula; curandera tradicional; mujer de huipil, trenzas y rebozo; víctima del machismo; soldadera de la Revolución Mexicana; testigo presencial de actos de Emiliano Zapata, Francisco Villa, Venustiano Carranza, Lázaro Cárdenas; migrante en la geografía nacional; pobladora de los barrios más populares de la Ciudad de México... ¿qué otros argumentos serían necesarios para confirmar de la mexicanidad de Jesusa Palancares?

La novela *Hasta no verte Jesús mío*, ha sido ampliamente tratada en los estudios sobre la historia, antropología, sociología, periodismo y literatura en México. Paradójicamente, el personaje representativo rechazaba su vínculo con la mexicanidad.

Jesusa insistía en su no pertenencia. No le interesaba mostrar sus orígenes, ni estaba conforme con sus gobernantes. No sentía arraigo, ni siquiera en su existencia espiritual, pues sabía que su vida presente, igual que las dos anteriores, sería efímeras. Alguna vez se visualizó reina con una capa blanca, y en vidas anteriores fue de otras tierras lejanas: “En mi primera

²⁰ Poniatowska, “Hasta no verte...”, art. cit., pp. 10-11.

²¹ Las nociones de *El perfil del hombre y la cultura en México*, de Samuel Ramos, son retomadas por Paz en su obra más reconocida. Ver Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1970, p. 143.

reencarnación fui de los turcos, de los húngaros, de los griegos, porque me vi con ese manto que usaba antes la Dolorosa” (p. 10).

En sus múltiples oficios, prefería a los patrones extranjeros: “[...] los de aquí siempre me han tratado como extraña” (p. 60).

Cuando, después de tantos años de haber salido de su pueblo, para marchar a la Revolución, tuvo la oportunidad de regresar a Oaxaca, confesó su desarraigo:

[...] yo no tengo patria. Soy como los húngaros: de ninguna parte. No me siento mexicana ni reconozco a los mexicanos. Aquí no existe más que pura conveniencia y puro interés. Si yo tuviera dinero y bienes, sería mexicana, pero como soy peor que la basura, pues no soy nada. Soy basura a la que el perro le echa una miada y sigue adelante. Viene el aire y se la lleva y se acabó todo... Soy basura porque no puedo ser otra cosa. Yo nunca he servido para nada. Toda mi vida he sido el mismo microbio que ve... (p. 218).

Ese menosprecio a su misma persona, el “ninguneo” que Octavio Paz llegó a describir como un rasgo más del carácter nacional²², podría confirmar en cierta forma la mexicanidad de Jesusa.

Todas las anteriores condiciones que entran en juego a la hora de describir a Jesusa y que aparentemente la ubican en un mundo marginal, son igualmente los motivos de sus conflictos, sus negaciones, el detonante de su rebeldía. Era una mujer, sin afinidades con lo femenino; una persona pobre, con oscilaciones en el camino al bienestar; analfabeta, con memorias literarias y habilidades académicas; sola desde siempre, pero permanentemente acompañada; mexicana, que se negaba a serlo, mexicana...como ninguna.

REVOLUCIÓN Y DESENCANTO

Las condiciones que hemos descrito, en la vida de Jesusa, arrojan un balance desfavorable de la Revolución Mexicana. Aunque el movimiento buscaba fundamentalmente la reforma del sistema político para evitar la reelección, y el reparto de tierras, también se propugnaba por modernos principios en materia de derechos sociales (educación, salud, trabajo, etc.). Lamentablemente, estos postulados no llegaron a cobijar la azarosa vida de Jesusa.

El movimiento armado en el que participó de manera activa y valiente, la dejó sola, despojada de sus exiguos bienes y lejos de su tierra. Fue revolucionaria obligada por las circunstancias, y nunca entendió el significado de aquella lucha, ni quiénes habían resultado

²² Paz, op.cit., p. 40.

ganadores. Los grupos y las personas que se suponían producto de un país revolucionado, se convirtieron en decepciones.

Yo creo que fue una guerra mal entendida porque eso de que se mataran unos contra otros, padres contra hijos, hermanos contra hermanos; carrancistas, villistas, zapatistas, pues eran puras tarugadas porque éramos los mismos pelados y muertos de hambre (p. 94).

Los personajes que trascenderían como íconos de esta lucha, y aquellos que conoció personalmente, la decepcionaron (los generales Jesús y Venustiano Carranza, Pancho Villa, Emiliano Zapata²³, Álvaro Obregón y, posteriormente, Lázaro Cárdenas).

La Revolución (o lo que algunos consideran la primera parte de este movimiento) culminaría con la proclamación de la Constitución de 1917, que consolidaba la reestructura del sistema político, con base en el principio de la no-reelección. Además, impulsaba una reforma agraria atendiendo a la conocida consigna de “tierra y libertad” (Art. 27). Se convertía además en la primera constitución de la historia que contemplaba derechos de primera y segunda generación, es decir, que ponderaba los derechos sociales como la educación (Art. 3), y el trabajo (Art. 123).

La constitución consagraba además otros derechos que apoyaban los postulados de la Revolución, como la lucha contra la pobreza, la reivindicación de género, y el acceso a servicios de salud.

Se atribuye además a este movimiento, una profunda redefinición de la mexicanidad. Tras la dictadura de Porfirio Díaz, que durante tres décadas había establecido como paradigmas las victorias militares, el positivismo y el afrancesamiento, la Revolución Mexicana reivindicaría la búsqueda de la identidad nacional. Una corriente de identificación con la cultura mestiza, insertada en el universalismo, integraría a los mexicanos en el contexto mundial. Sin embargo, inicialmente las comunidades indígenas parecían marginadas de esta visión orgánica de proyecto nacional.

Al parecer estos postulados no alcanzaron a muchos mexicanos, entre ellos a la misma Jesusa:

²³ Pese a que ella y su familia combatieron contra los zapatistas, y fueron estos quienes mataron a su padre, Jesusa recordaba que, luego de encontrarse entre un grupo de mujeres, atrapado por los zapatistas, el mismo Emiliano Zapata, la había entregado personalmente a su padre. En su opinión, por los menos él “era hombre de buenos sentimientos” (p. 78).

La protagonista mantuvo su inconformidad de mujer, en una sociedad que ahora se jactaba de haber reivindicado los derechos femeninos. Repartir tierras y crear nuevos empleos no fue suficiente para abatir la pobreza, en casos como el de ella. Los ambiciosos programas de alfabetización llegaron tarde para esta mujer, que había perdido la paciencia de un escolar, y había ganado el sentido crítico de un adulto rezagado. Su raíz indígena, como las de muchos más, no entraban en los afanes modernizadores de un México que trataba de definirse desde su mestizaje. Su sentido de soledad se impuso ante los afanes colectivistas de gremios sindicales, que parecían instituciones de un país con derechos laborales modernos, pero ante su mirada eran cofradías de intereses y mezquindades. Probablemente el rasgo de Jesusa donde más podríamos ilustrar un fracaso de la Revolución Mexicana, está en su anti nacionalismo, su sentido crítico sobre la sociedad, las instituciones y el gobierno del país, que conoció en largas caminatas, que llevó en la sangre, pero que no quiso aceptar.

OTRAS FORMAS DE PODER: LA REIVINDICACIÓN DESDE EL MUNDO MARGINAL

Frente a las deudas que la Revolución no le saldó y a las circunstancias que la mantuvieron en la marginalidad social, Jesusa era un personaje con increíbles poderes, que Poniatowska fue descubriendo en cada jornada de entrevista. Tras cada sección la escritora se convencía de que no estaba frente a un ser común, sino ante un personaje novelesco. La voz ideal para narrar una historia de las que —como ella ha aclarado— no son del mundo de la literatura fantástica, sino protagonistas de una realidad que, sin muchas alteraciones, se acercan a la ficción.

En las mismas condiciones de vida marginal que la Revolución no pudo modificar, Jesusa había descubierto formas de subsistencia, fortalezas ajenas a los cánones del desarrollo social e institucional. Sus poderes alternativos, desde lo que Carlos Monsiváis llamaría la “mística de la marginalidad”²⁴, provenían de sus mismas circunstancias y negaciones. Era mujer, pobre, analfabeta, indígena, solitaria y mexicana. Una combinación que detonaría también sus fortalezas.

Los saberes de Jesusa

²⁴ Carlos Monsiváis, *Los rituales del caos*, México, Era, 1995, pp. 106-108.

Jesusa poseía los saberes que cualquier antropólogo envidiaría y que la misma escritora fue descubriendo como un nuevo universo: los saberes populares, los saberes vivenciales y los saberes espirituales.

El México postrevolucionario y moderno, no alcanzó a solucionar algunos problemas de salud de ella o sus allegados. En esos momentos, las raíces indígenas se volvían un compendio médico, que le permitieron sobrevivir y ayudar a otros, encontrando alimento, alivio y bendiciones en la naturaleza, en su propio entorno.

Los saberes vivenciales le permitían hablar de la Revolución, con autoridad y sobrados detalles. Nadie como una mujer que fue parte de ella, conoció a presidentes, viajó por todo el país, desempeñó decenas de oficios y atestiguó posteriormente las carencias de la vida urbana y la desmoralización postrevolucionaria.

Los saberes espirituales de Jesusa estaban fincados en las supersticiones ligadas a los pueblos, la fe religiosa tradicional, y el encuentro de creencias desafiantes a la tradición.

En plena década del surgimiento del *boom*, y el realismo mágico en la literatura, Poniatowska rescató un personaje que podría bien ser un reflejo de muchas formas cosmogónicas autóctonas de los pueblos latinoamericanos, pero al mismo tiempo era única, especial. Jesusa describía con toda convicción sus encuentros con naguales o personas-animal, durante los combates revolucionarios:

“Y esa noche había tan bonita luna que por las hendiduras vi muy bien que andaban nagualeando. Entonces grité con todas mis fuerzas:
—¿Qué quiere? ¿Qué quiere? Sí da un paso para adentro me lo trueno...
Entonces él se agazapó y como un perro se fue corriendo hasta llegar a un árbol que hacía una sombra muy grande [...] Allí se me perdió el hombre, pero hasta la cola llevaba arrastrando. Cuando vino mi marido le conté. El nagual es un cristiano que se disfraza para robar en figura de animal. Es un cristiano con una piel de perro y camina así con las cuatro patas, con las manos y los pies, pero cuando llega a robar a una casa, a fuerza se tiene que levantar para alcanzar lo que va a echar en su morral. Pero a la hora en que lo descubren se echa a correr aullando y todos los de la casa se persignan del horror. Sale en las noches de luna para ver mejor. Nada más que es ratero de conveniencias que se transforma en animal, perro o coyote o lobo. La gente corta de espíritus les tiene mucho miedo pero yo no porque los he visto de a de veras [...] (p. 123).

Aunque con suspicacia, explicaba los temblores como el que sintió cuando era niña, justo el 7 de junio de 1911, al tiempo que Francisco I. Madero —autor del Plan de San Luis, que inició la Revolución— entraba a la capital mexicana, con versiones como ésta: “Dicen que dentro de la

tierra, hay un enorme animal inquieto y que cada vez que se sacude, rompe todo [...] y cuando quiere salirse se caen también las rocas de los cerros porque es una conmoción muy fuerte” (p. 39).

Su memoria recreaba también el episodio milagroso de la presa homicida, que un día, después de mucho rezar y encender velas, encontró a un niño que le llevaba alimento a la cárcel. Posteriormente, un abogado la liberó y le pidió que fuera hasta la imagen del niño Fidencio. La mujer caminó un largo rato, y cuando finalmente encontró la imagen del Santo, se percató de que tenía el rostro del abogado que la había liberado. La gente la rodeó ante el milagro, pues nadie se explicaba cómo en unas horas había recorrido desde Tehuantepec, en el sur de México hasta Jerez, Zacatecas, en el centro de la república.

En su etapa adulta, decepcionada de las instituciones y personajes religiosos, aunque sin renunciar a su fe, Jesusa encontró la Obra Espiritual.

Aunque Poniatowska confiesa haber editado gran parte de los detalles de Jesusa sobre sus sesiones como mediunidad, o medio para el contacto con espíritus, la curiosidad personal y periodística le permitieron contextualizar. Posteriormente escribiría:

Por Jesusa Palancares supe de una doctrina muy difundida en México: “el espiritualismo”. En la Secretaría de Gobernación me informaron que sólo en el Distrito Federal había más de 176 templos espiritualistas y pude visitar varios recintos, conocer “mediums” en Portales, en Tepito, en la calle de la Luna, en las colonias pobres. La Iglesia Católica condena tanto “el espiritismo” como el “espiritualismo” y sin embargo esta doctrina tiene mucho de catolicismo. Es obviamente una secta y los fieles la adoptan porque reciben como en los bancos “una atención más personalizada”. Se llaman a sí mismos “pueblo trinitario mariano” por la Trinidad y la Virgen María y nunca rompen del todo con la Iglesia Católica aunque dejan de visitarla porque prefieren La Obra Espiritual²⁵.

Jesusa, la del mundo marginal mexicano, descubrió en esta faceta sus grandes poderes: desarrolló rápidamente aptitudes para comunicarse con los espíritus y encontró a sus tres grandes protectores; estaba convencida de que eran más poderosos que los del mismo Francisco I. Madero, precursor de la Revolución, ya que a ella la habían salvado en reiteradas ocasiones, mientras a él no le habían advertido de su muerte.

Los valores de Jesusa: valentía y memoria

²⁵ Poniatowska, “Hasta no verte...”, art. cit., pp. 7-8.

Los principales valores de Jesusa, que además la posicionaron en el centro de esta historia, parecen ser un legado de su padre: la valentía y la memoria.

“El miedo da mucha fuerza” (p. 69) y alguna vez la salvó de morir en otra de sus reencarnaciones. Pero en el México del siglo XX, al calor de los disparos en pleno conflicto armado, su padre la enseñó a ocultar todo temor, pues el llanto de la niña podría delatar la presencia de la tropa:

[...] al principio, al oír los balazos me ponía a gritar y los jefes se enojaban porque estábamos en la línea de fuego, que es cuando cazan al enemigo. Por eso luego mi papá sin que yo lo viera echó la pólvora en el agua: — Ándale, hijita, tomate está agüita ... Como yo tomaba agua hasta de los charcos, no me supo feo. Hasta después me dijeron que era agua de pólvora para el valor (p. 11).

La valentía sería precisamente una de sus formas de rebeldía ante su naturaleza marginal, y una garantía de subsistencia.

La memoria, eso que justamente la escritora explotó con paciencia y constancia durante más de dos años, era también un valor dado por Felipe Palancares a su hija, pues le contaba historias y recolectaba vivencias en sus incansables caminatas. Alguna vez, tras la muerte de un familiar, cuando se había puesto el sol, prendiendo despacito un cigarro de hoja, su padre le dijo: “Mira, para que no comas olvido...” (p. 224).

En la protagonista se sumaban muchos otros valores que la salvaban de sus desventajas originales, o le ayudaban a asimilarlas. Jesusa entendía que el dolor y el sufrimiento servían para limpiar el alma y que su vida desordenada y sus impulsos violentos, su rebeldía, eran parte de ese proceso de purificación. Todos estos valores le dieron al personaje marginal una fuerza especial de supervivencia.

La sensibilidad

Hubo otro valor que probablemente fue atractivo y despertó la empatía de Elena Poniatowska. Jesusa tenía una especial sensibilidad tanto en el plano social como en el individual.

Aunque resentida con el México que no asumía como suyo, Jesusa nunca fue apática. Su testimonio hace constar que, en cada rincón del país que recorrió, fue aguda observadora. Jesusa prestaba atención, criticaba, se indignaba con los protagonistas de su tiempo, pero también actuaba, desde sus limitaciones: ayudaba a los vecinos, curaba a los enfermos, criaba a los huérfanos, alimentaba a los hambrientos, recogía los perros callejeros...

En lo individual, Jesusa, quien aparentaba ser tan solitaria, violenta, fría y displicente, era especialmente sensible. Resistió el dolor físico, el hambre, el luto, el cansancio, los golpes de su esposo, y sobrevivió a todo eso. Sin embargo en el amplio registro de su memoria se encontraban también las pruebas de resistencia anímica. Jesusa guardaba sus sentimientos, los escondía tras la máscara, pero nunca los pudo arrancar de su ser. “He pasado bastantes tragos amargos, nomás que ahora ya de tanto que siento, ya no siento” (p. 264).

BIBLIOGRAFÍA

Directa

PONIATOWSKA, Elena, *Hasta no verte Jesús mío*, México, Biblioteca Era, 1969.

Indirecta

HERRERO Gil, Marta e Isabel Díez Ménguez, “Bio-Bibliografía de y sobre Elena Poniatowska Amor”, en *América sin nombre*, núm. 11-12, diciembre de 2008, p. 166-183.

KARAM, Tanius, “Periodismo, polifonía e intertextualidad en la obra periodística de Elena Poniatowska”, en Zambrano, Gregory (comp.), *Mujer: Escritura, imaginario y sociedad en América Latina*, Universidad de Los Andes, Mérida (Venezuela), 2004, pp. 171-188.

MÉNDEZ-FAITH, Teresa, “Entrevista con ElenaPoniatowski”, *Inti: Revista de Literatura Hispánica*, The Berkeley Electronic Press, n° 15, Primavera,1982, Article 7.

MONSIVÁIS, Carlos, *Los rituales del caos*, México, Era, 1995.

PAZ, Octavio, *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1970.

PONIATOWSKA, Elena, “Hasta no verte Jesús mío”, *Vuelta*, n° 24, noviembre, 1978, pp.5-11.

-----, “Vida y muerte de Jesusa”, en *Luz y luna, las lunitas*, México, Era, 1994, pp. 37-76.

STEELE, Cynthia, “Testimonio y autor/idad en *Hasta no verte Jesús mío* de Elena Poniatowska”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, n° 36, 1992, pp. 155-180.

TURNER, Frederick C., “Los efectos de la participación femenina en la Revolución de 1910”, *Historia Mexicana*, vol. XVI, n° 4, abril-junio, 1967, pp. 603-620.

ZAMBRANO, Gregory (comp.), *Mujer: Escritura, imaginario y sociedad en América Latina*, Mérida (Venezuela), Universidad de Los Andes, 2004.